

día lo avanzado de la hora. Consagró la postrer mirada á las imágenes, cuyas vestiduras, al reflejo de la lámpara colgada de la techumbre y á la flava luz de dos altos blandones fijos en las andas, destellaban oro y colores, y sin hacer genuflexión ni acatamiento alguno, pasó la verja. Estaba el templo del todo sombrío: en el Monumento, negro y mudo ya, ni aun oscilaba el rojizo tufo de los pábilos recién apagados: apenas combatía las tinieblas de la nave el vago fulgor de los hachones de la capilla. Diego fué derechamente á una de las puertas que salían al vestíbulo del pórtico; empujóla con suavidad primero y fuerte después, y no sin gran sorpresa advirtió que resistían las hojas; la puerta estaba cerrada. Acudió Diego á la otra, y con mano impaciente buscó el pestillo: clausura completa. Palpó nervioso y trémulo, requiriendo la llave, que de fijo descansaría en la faltriguera del sacristán, puesto que estaba ausente de la cerradura. Entonces atravesó Diego apresuradamente la nave, y llegándose á la puerta de la sacristía, probó á abrirla á tientas: empresa no menos vana que las anteriores. Herméticamente cerradas se encontraban todas las salidas del templo.

Hizo el mancebo ademanes de despecho y enfado. Su situación era clara: preso toda la noche en la iglesia. Mientras se embebecía en la contemplación de las imágenes, el sacristán, menos soñador y distraído, se recogía á saborear la colación en familia, cerrando bien antes. Diego torció y mordió con enojo su mostacho, y meneó la cabeza como diciendo: «Vamos á ver, ¿y qué hago yo ahora?» Meditó varios expedientes y ninguno tuvo por aplicable. Podría acaso, con sus vigorosos puños, forzar las cerraduras de las endebles puertas interiores; pero le detendría la fortísima exterior del pórtico, ó la menos resistente, aunque más baja, de la sacristía por la parte de la calle. Y ¿qué es-

cándalo no iba á causar en la ciudad el verle á él, pacífico ciudadano, forzando puertas de templos, ni más ni menos que un burlador de capa y espada? Ocurriósele también gritar: acaso el sacristán, atareado aún en la sacristía, le oyese; pero inexplicable recelo embargó su voz, temiendo verla apagarse sin eco en la alta bóveda: además, algo pueril había en los gritos, que repugnaba á Diego. En estas imaginaciones transcurrieron diez minutos de angustia penosa; pero al cabo acudió la reflexión. Si el verse obligado á pernoctar en una iglesia no es recreativa aventura, tampoco grave mal ni terrible desdicha. Seguramente no se divertiría mucho Diego en la mansión sagrada, mas en cambio podría dormir á sus anchas, sin temor de que ningún importuno viniese á interrumpirle. Tratábase no más que de una noche; y mitad de ella era ya por filo, según anunció el reloj de la torre sonando doce lentas campanadas. Faltaban para la aurora, en aquella estación del año, cinco horas apenas, que bien podían dormirse en un banco, por duro que fuese. Antes de la del alba, vendría el sacristán á franquear las puertas, á disponerlo todo para los divinos oficios, y entonces, cátrate á Diego libre y volando á su casa, á tenderse entre sábanas delgadas y limpias, á dormir hasta las once y á levantarse después, para ver cómo sentaba la negra mantilla de fondo al talle de su perseguida beldad. Todo este raciocinio hilvanó el magín de Diego en un abrir y cerrar de ojos. Y pararon sus cálculos en resignarse y acogerse, atraído por las luces, á la capilla del Nazareno.

Ardían más amarillentos que nunca los cirios, soltando goterones de cera derretida, que á veces caían, y con rebote sordo se aplastaban en los paños de las andas de las imágenes. Reinaba, visible

y palpable casi, el silencio. Diego se sentó en un banco, recostando la cabeza en la roncinada que formaba la saliente de un confesonario, y el crujido del duro asiento, al recibir el peso de su cuerpo, le sonó extrañamente. Trató de dormir; pero no acertaba á cerrar los ojos y recogerse para conciliar el sueño. Estorbábale mucho la absoluta tranquilidad del recinto, tranquilidad que agigantaba hasta el chisporroteo de los blandones. Aquella callada atmósfera estaba llena de cosas inexplicables é incomprensibles, que Diego percibía, sin embargo. Quejas ahogadas, silabeo de oraciones en baja voz, grave salmodia de responsos, abrasadoras lágrimas de arrepentimiento, sofocados suspiros, flotaban en el ambiente como seres incorpóreos, como moléculas del incienso evaporado en el aire, como átomos de la mirra quemada ante el ara: dijérase que las almas de cuantos allí imploraron del cielo paz ó perdón, se habían quedado cautivos en el circuito de los altos muros de la capilla. Diego se dió á creer que menos le turbarían acaso los siniestros rumores de derruido templo ojival, donde mugiese el viento, silbase el cárabo y la corneja graznase, que el perfecto reposo de aquella iglesia moderna; y la aprensión más singular de cuantas le asaltaban, la más rara idea sugerida por el misterioso silencio, era la de figurarse que no se hallaba *solo*. Por mucho que combatiese tan ridícula suposición, no podía arrancarse de la mente el pensamiento de que allí había alguien, ó, mejor dicho, mucha gente, muchos ojos que le miraban atentos, muchos cuerpos vueltos hacia él. Sacudió la cabeza, pasóse repetidas veces la mano por la frente que comenzaba á arder, reclinóse de nuevo en el ángulo, y probó á dormirse. Pero no es dado gozar el bálsamo del sueño á quien más lo solicita; antes suele

huirnos cuando lo invocamos para aplacar la excesiva tensión de nuestros nervios y las tempestades de nuestro espíritu. Cerrados los párpados, no se disipó la indefinible zozobra de Diego. Parecíale oír tenues oscilaciones del aire, pisadas muy quedas, vagos murmullos, balbuceos trémulos, chasquidos leves, suave crujir de ricas estofas, ráfagas de viento empujadas por manos que se tendían para acariciarle, ó cortadas por armas que descendían para herirle. No pudo sufrir más: mal de su grado se le despegaban los párpados, violentamente retraídos por sus músculos tensos. Miró.

Las imágenes se erguían inmóviles en las andas, los ciriales alumbraban en paz. Diego respiró ampliamente, increpándose á sí mismo. No se reirían poco mañana sus compañeros de mesa de café si cometiese la simpleza de contarles cuán extrañas sinfonías entonan á las altas horas de la noche las capillas desiertas.

Tranquilo ya, recorrió otra vez con la vista las efigies todas, y cautivado, detúvose en la del Nazareno. Era ésta la que más próxima tenía: veíala de frente y de costado á las demás. Consideró primero el traje y luego el macilento rostro. Y volvió á notar lo convencional del criterio estético, observando el efecto sorprendente de realidad de los ojos de la imagen, que eran de cristal, ni más ni menos que los de los animales disecados. Fuese que la luz de las velas se quebrase en ellos de modo especial, fuese que la densa sombra de la abundosa cabellera les prestase reflejos de agua profunda, el caso es que los ojos tan pronto despedían centellas, como semejaban á Diego velados por turbia cortina de llanto. Hasta llegó un instante en que de los lagrimales á las flacas mejillas creyó Diego, asombrado, ver deslizarse unas

gotas, que al llegar á la negra barba se quedaron frescas y relucientes como el rocío en la tela de la araña campesina. Sintió impulsos de levantarse y contemplar de cerca el prodigio, mas al punto se calificó de necio rematado si tal hiciese. No creía en lo sobrenatural, y mejor que admitir que llorase un Nazareno de madera, tuviérase á sí propio por visionario y demente. Sus ojos, deslumbrados por los hachones, y no los de vidrio de la imagen, eran causa del fenómeno. No obstante, mágica fascinación prendía sus pupilas á aquellas otras pupilas llorosas y mansas. Una especie de estremecimiento magnético le hizo temblar de frío, y quiso dirigir la visual á otra parte: imposible; los ojos del Nazareno buscaban con empeño tal, preguntaban tan imperiosamente, que era fuerza contestarles. ¡Por vida de Diego! Lo que procedía era irse derechito á la efigie, mirarla de cerca, tocar su rostro de palo, sus ojos de cristal, y reirse después. Sí, esto era lo sensato, lo cuerdo, lo que cualquier hombre que tenga cabales sus potencias opina á las doce del día, después de almorzar y fumando un cigarro. Pero á igual hora de la noche, sin haber cenado, cautivo en una iglesia solitaria, en compañía de un Nazareno que alumbraba cirios, es verosímil que el mismo hombre hiciese lo que Diego: levantarse con ademán brusco, pasar ante el Nazareno clavada la vista en tierra, por librarse del imán de sus ojos, y refugiarse en el interior del confesonario, cuyas paredes, de madera, caladas en un pequeño espacio por menuda rejilla, se interpusieron entre él y las imágenes, procurándole una especie de alcoba, dura y estrecha, sí, pero al cabo retirada.

Mas ni por sepultarse en tal escondite cesó Diego de tirar y de sentir zumbido en las sienas, y dolorosa percepción del curso de la sangre por

las venas de su cerebro. Al través de la apretada rejilla, parecía que los trágicos personajes del poema de la Pasión no estaban ya en sus andas, sino en el suelo, muy cerca de él, tocando con las murallas de leño de su guarida. Oía choque de corazas y espadas, sonar de cuentos de lanza sobre las baldosas, pasos trabajosos y desiguales. sordas imprecaciones, blasfemias cónicas, sollozos desgarradores arrancados de femeniles pechos. Y también llególe el són de roncadas trompetas y destemplados atambores, y, de tiempo en tiempo, el choque mate de un objeto pesado contra la tierra. Parecía como si cantasen un coro á telón corrido, pero con tal maestría, que cada voz se destacaba aisladamente entre las demás sin romper el concierto: Diego se apretaba la cabeza y tapábase los oídos con las manos; mas de pronto las tablas del confesonario cesaron de interponerse entre su vista y el espectáculo que adivinaba: el telón subió, y apareció la escena.

No estaba Diego ya en la capilla, ni le alumbraban los pálidos blandones, sino que se encontraba en un camino que, naciendo en las puertas de torreada ciudad, faldeaba un montecillo, trepando por él hasta empinarse á la cumbre. Hirviente multitud ondulaba en el sendero, como flexible serpiente que colea; el sol, inflamado, rutilante en su zenit, pero de luz turbia y lívida, iluminaba sin regocijarlo el paisaje. Sus reflejos arrancaban vislumbres como de fuego y sangre á las armaduras, á los yelmos, á los hierros de lanza, á las águilas posadas en los pendones de la centuria de romanos jinetes que, indiferentes y marciales, arrendando sus briosos potros, daban escolta al cortejo. A ambos lados de la senda se enracimaban gentes del pueblo, mujeres y niños los más, que llorando y plañiendo, maltratados á veces por la cohorte,

se unían al grupo central de la lúgubre procesión. Formaban este grupo los hoscos sayones, los siniestros y grotescos verdugos, que bullían en torno de un hombre vestido con túnica nazarena.

Aquel hombre, cuyo rostro apenas se distinguía entre los copiosos y enmarañados bucles de su cabellera oscura, manchada de polvo y sangre, llevaba ceñida corona de espinas punzantes; sustentaba en sus hombros el árbol de enorme y pesada cruz, y sus pies descalzos y llagados pisaban dolorosamente los guijarros del camino. Apurábanle los sayones porque apretase el paso y llegase más presto al lugar del suplicio; cuál le descargaba fuerte puñada en los lomos; cuál le sacudía tremendo bofetón en la faz, ó le tiraba despiadadamente de los mechones del cabello. Diego miró con horror á los sicarios, y se lanzó hacia el grupo deseoso de socorrer á la víctima; pero al alzar la mano para abrirse paso y apartarlos, halló que rodeaba su muñeca gruesa soga, pasada al cuello del reo. Entonces convirtió la vista á sí propio, y advirtió con espanto que tenía la propia semejanza y figura de uno de aquellos feroces jayanes. Desnudos llevaba como ellos pecho y espaldas, sujeto á la cintura breve faldellín, pendiente del cinto de cuero una bolsa con martillo, tenaza y provisión de férreos clavos. Quiso entonces desasirse de la cuerda maldita; tiró, y logró solamente lastimar los lacerados hombros del reo, que exhaló suave quejido. Siguió su marcha la comitiva, y Diego, confundido con ella, mecánicamente, como paja á quien arrastran las ondas del mar. Andados algunos pasos, los pies de la víctima tropezaron en una cortante piedra, y desplomóse sobre las rodillas, abrumado por la cruz. Intentó Diego ayudarle á incorporarse, mas la soga volvió á rozar el herido cuello, y el reo á gemir.

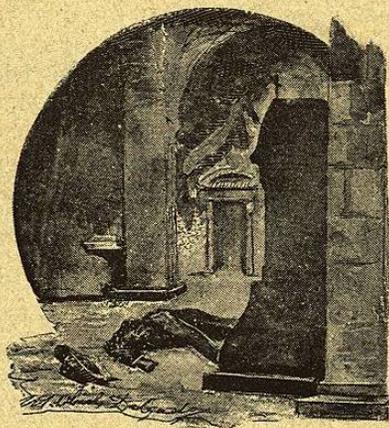
Haciéndose cada vez más agria la cuesta, más grave el peso, aun vaciló y cayó, pero se sostuvo en las palmas de las manos; y entonces, como echase atrás la cabeza, apartáronse los descompuestos bucles, y quedó patente el rostro maltratado y escupido, los dulces labios marchitos como pisoteada flor, la bella barba ahorquillada y rizosa, la candida frente claveteada de espinas, los serenos abismos de los ojos, que con ternura y paz miraban en torno de sí. Diego sintió como si el corazón le traspasase agudo y penetrante dardo, y las entrañas se le conmovieron y derritieron de pena. «Alzate, sigue», vociferaban los verdugos en una lengua extraña que Diego entendía, sin embargo, y se precipitaron sobre el Nazareno para levantarle de grado ó por fuerza. Cogido Diego en el vórtice del viviente remolino, extendió también los brazos y asió del reo á tientas, según pudo entre la confusión; oyóse un clamor de agonía, contestaron á él las hijas de Jerusalém con histérico llanto, y Diego vió que las sienas de Jesús chorreaban sangre, y sintió en sus dedos un contacto blando, elástico, acariciador: enroscábase á ellos un rizo arrancado de la frente del Nazareno.

Despertóse Diego en su lecho, rodeado de solícitos amigos, que le velaban y cuidaban desde que le encontraron sin sentido y sin pulso sobre el frío pavimento de la capilla, delante de las andas.

Ya tornaba á la vida y había en sus mejillas color, en sus pupilas luz é inteligencia. Recobrándose poco á poco, incorporado sobre la almohada, fué recogiendo lentamente los sueltos cabos de sus recuerdos, y reconstruyendo lo pasado en su mente. Ensanchó el pecho respirando con desahogo, y murmuró:

—¡Qué pesadilla!

Mas en el instante mismo hubo de advertir algo delicado y sedoso, como piel de mujer, como suave pétalo de flor, que tocaba con la yema del pulgar y envolvía su dedo índice. Sus ojos quedaron fijos y dilatados, abierta su boca y paralizada su lengua. Aquella fina sortija era el rizo.



LA BORGONOÑA